

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 27 Abril 1916.

Número 17.

"Creced y multiplicaos"

El cura es vigoroso, el ama hermosa,
y pasan la velada dulcemente,
él, leyendo el breviario atentamente,
ella, haciendo crochet muy afanosa.

En esto una locuela mariposa
hacia la luz se lanza incautamente,
y al oscilar la llama, alzan la frente,
se miran, y... Confusa y ruborosa,
ella fija los ojos en el suelo;
en él brota de súbito el anhelo
de prolongar en otro ser su vida,
y olvidado de todo, abre los brazos,
y queda un voto absurdo hecho pedazos
y la sentencia bíblica cumplida.

José Nakens

Ingratos y torpes

Un amigo desconocido me envía el artículo que copio á continuación, publicado en el *Correo Catalán* el día 14 del corriente, y sin el cual no me hubiera enterado de la muerte de la persona á que se refiere:

Signos de los tiempos

«Ayer fué conducido á la última morada el cadáver del que en vida fué general de brigada, don Andrés Maroto y Alba.

Su historia militar es larga y honrosa. Sus innumerables hechos que constan en su hoja de servicios le acreditaron de oficial bizarro en grado sumo, y de jefe activo, audaz, inteligente y habilísimo.

Testimonio de ello son no sólo su historial, sino también la merecida reputación que en este concepto gozaba en el ejército, y cuanto de él han dicho los generales que le tuvieron á sus órdenes, Martínez Campos, Weyler, en su obra *Mi mando en Cuba*, y otros varios que no escasearon elogios á su valor y pericia.

Fué tildado de republicano, y por esta razón sufrió persecuciones implacables, aun por parte (en estos últimos tiempos) de antiguos republicanos hoy serviles adúladores del régimen, llegando al extremo de haber sido constantemente preterido para el ascenso.

Ha muerto, pues, de general de brigada; nosotros, que hemos visto pasar su entierro, no pudimos por menos de observar lo exíguo de su acompañamiento. Media docena de amigos personales, las Comisiones oficiales, la escolta de honor reglamentaria. Presidían el duelo los generales Lafuente, Romero, marqués de Castellflorite y Soriano. Seguían las personas que hemos dicho, todos militares en activo ó retirados. De sus amigos políticos, ni uno solo, ni uno, ni Lerroux, ni ninguno de los prohombres del republicanismo barcelonés. Sólo le acompañaban sus compañeros de armas, y la cruz del Redentor que se erguía sobre el modesto féretro. Aprenda, pues, el pueblo, aprenda el ejército lo que puede esperar de los que á sí mismos se llaman sus redentores. En vida la explotación de sus cualidades, y en muerte el abandono, el olvido, la indiferencia.

Un abismo nos separaba de cuanto el general Maroto representaba en la políti-

ca. Dios, juez inapelable é infalible le ha juzgado ya: á los hombres sólo les toca en caridad dirigir al cielo una oración por su descanso eterno, y consagrar un recuerdo de respeto á la desgracia, y de admiración á los hechos militares de un buen soldado.»

El que sea carlista el periódico que ha publicado ese artículo, no ha de impedirme declarar que estoy conforme con cuanto dice en lo que toca á los méritos del general Maroto y á lo mal que nos hemos portado con él los republicanos, lo mismo en vida que después de muerto.

Debo, sin embargo, alegar esta circunstancia atenuante en favor de los correligionarios de cartel en Barcelona que no asistieron á su entierro: estaban descansando de la feroz y prolongada lucha de dicterios deshonrosos que con indiscutible heroísmo mantuvieron desde que se anunciaron las pasadas elecciones. Y también esta otra: es posible que algunos se retrajeran de acompañarle al cementerio, por no perjudicarle descubriendo que en vida había sido republicano.

Mas no, esta no; mal pudieron sentir ese escrúpulo los que tanto trajeron y llevaron su nombre cuando vivía, que hicieron que llegase á oídos de los gobiernos monárquicos, dándoles así pretexto para perseguirle implacablemente.

No hablé nunca con el general Maroto, ni lo vi siquiera; mas por lo que oía á los republicanos que explotaban su nombre para dar á entender que trabajaban por la venida de la República, tenía yo del hombre y del militar la misma alta idea que cuantos le trataban. Hoy lamento no haber realizado lo que alguna vez se me ocurrió: ir á Barcelona solamente para honrarme estrechando su mano. Sé que él hubiera deseado también venir á Madrid para estrechar la mía; mas no vino sin duda, porque su cargo militar le obligaba ir á Palacio, donde tanto anhelaban que fuera, y no quiso exponerse á que sus queridos correligionarios lo tachasen de traidor por cumplir con ese deber ineludible. No sería el primer general á quien esto le hubiera ocurrido.

Es triste, mas hay que resignarse á confesarlo: los militares, que sólo con parecer que son republicanos se exponen á perder la carrera y á ser fusilados si prácticamente lo demuestran, no encontraron nunca en nosotros ni el respeto ni la consideración

que merecían; y eso que, sin ellos, es decir, sin sus sublevaciones de Badajoz en 1883 y de Madrid en 1886, el partido republicano hubiese desaparecido por consunción tiempo há. Los jefes y oficiales fusilados, Ferrándiz, Bellés y Cebrián; y los cuatro sargentos de Santo Domingo de la Calzada; y el sargento Bartual; y los indultados de la última pena y muertos en presidio, como el brigadier Villacampa; y los asesinados como el capitán Mangado, todos ellos le dieron al partido la fuerza y el vigor que le hemos ido lentamente quitando. Y nosotros, en justo agradecimiento, ni los atendimos cuando vivos, ni los honramos cuando muertos. ¡Y ahora nos lamentamos de que el Ejército, que siempre fué liberal en España, se haya apartado de nosotros, cual si le hubiéramos dado nunca ejemplos de desinterés, abnegación y sacrificio! Vocación de mártires tendrían, ó de suicidas, los militares que hoy se pusieran á nuestro lado.

Por esto, si un día la patria reclamase imperiosamente un cambio de régimen para salvarse, y ellos creyeran que debían ayudarla, obrarían por su cuenta. Y harían bien. Y mejor todavía, si al tratar de perturbarlos nosotros, nos fusilaran, ó nos encerrasen en los presidios donde murieron durante el siglo pasado tantos militares por haber amado, defendido é implantado la libertad.

Pero advierto que la indignación, á la que pocas veces me entrego, me ha lanzado á un camino que no quiero seguir hoy, y, por lo tanto, vuelvo al que recorría.

¡Y si al menos, ya que no despuntamos por lo agradecidos, nos distinguieramos por lo avisados! Pero, nada; ni esto.

¡Qué espectáculo tan grandioso, tan conmovedor, ¡y hasta político!, ¡y hasta revolucionario!, hubiera resultado el ver tras el féretro del general republicano á todos los correligionarios de Barcelona y sus alrededores, á quienes tantas veces se convocó para recibir jefes y celebrar mitines electorales, cuando no meriendas, cuando no fiestas ridículas con niñas vestidas de República y damas tocadas con gorro frigio! Aquellas masas de hombres de musculatura recia desarrollada en el duro trabajo de la fábrica y el taller, caminando silenciosas en pos del cadáver de quien estuvo siempre á su disposición para conducir las al triunfo deseado, hubieran dado más contingente á nuestra causa, infundido más respetos, producido más admiraciones y despertado más entusiasmos que quinientos mitines consagrados á abominar de las iniquidades de la Monarquía, ó á cantar las excelencias de la forma republicana, ó á amenazar con frases terroríficas á Maura, ó á pregonar la supremacía de una fracción

sobre las muchas otras en que estamos divididos.

Amargos debieron ser los últimos días del valeroso general, si á su lecho de muerte llegó el eco de los insultos bochornosos é infames que se disparaban mutuamente algunos de los llamados defensores de la idea á que él sacrificó reposo y porvenir, y todo por triunfar en una lucha cómica comparada con aquellas trágicas que él sostuvo en los campos del Norte y de Cuba, espada en mano, no con pluma mojada en cieno; y cara á cara, no escondido; nobles lides en que la sangre corría honrando al que la derramaba, y en que se escuchaban los gritos de victoria con el pecho henchido de orgullo por la satisfacción del deber cumplido, y el corazón rebosante de esperanza en el porvenir de España.

Y si conservó hasta los postreros instantes su lucidez de espíritu, ¡qué tristezas tan grandes las suyas, si pensó en que aquel su hermoso sueño de ver á su patria salvada, regenerada y engrandecida por la República, había sido trocado en esta realidad vergonzosa: unos republicanos pasándose á la Monarquía; otros embaucando al pueblo; otros explotando con la Monarquía la alta posición alcanzada en el partido; mientras él, que lo había sacrificado todo al triunfo de la República, expiraba olvidado en aquel lecho donde tantos planes de redención forjó para su patria querida.

Si algún amigo de quien tan gloriosamente vivió y tan abandonado ha muerto, tiene su retrato y quiere enviármelo, lo publicaré en *El Motín*, sin pretender, al publicarlo, honrar la memoria del que tanta honra nos dió. Tampoco lo publicaré para que se avergüencen (no soy tan inocente) quienes lo olvidaron desde que decidieron no darle el menor pretexto para que expusiera su vida por la República.

Lo publicaré, para que puedan los republicanos que nunca traficaron con nuestro ideal, contemplar la efigie del último general que figurará en nuestras filas por ahora. La conducta que hemos seguido con Maroto, como antes con otros militares, garantiza la desconsoladora exactitud de esta afirmación.

En cuanto á mí, prometo colocar el retrato del muerto frente á la mesa en que escribo, por si alguna vez desmayo en la lucha inacabable que sostengo contra el egoísmo, la pequeñez y la cobardía de los que predominan en mi partido, poder confortarme contemplándolo.

Y seguramente quedará confortado mirando el rostro de aquel hombre á quien ni las contrariedades aleccionaron, ni los abandonos abatieron,

ni los desengaños hiciéronle renegar de la religión política que tan honrada, digna y desinteresadamente profesó; hombre que prefirió ser más conocido como republicano por las persecuciones sufridas, que por los provechos sacados.

Si algún día voy á Barcelona, mi primera visita será á la tumba del general Maroto.

JOSÉ NAKENS

A ver si nos entendemos

¿Que cómo se explica que yo, que pudiera bien ser calificado de monomaniaco en esto de procurar la unión de los republicanos, opine que no debe realizarse en estos momentos?

Antes de contestar, voy á permitirme hacer una pregunta á los que con tanta insistencia la piden y encarecen.

¿Por qué la piden? Si es por haberse convencido de que no pueden proseguir representando la comedia que los ha permitido figurar como hombres superiores y necesarios, y tratan de continuar cazando votos con el espejuelo de la unión, separ. que el pueblo no caerá en esa red burda. El que en 1910 dió á los republicanos 42.000 votos en Madrid y ahora les ha dado 18.000, no les dará ni 10.000 en las primeras elecciones que se celebren. Y acabando de probar el asco que siente, ¿de dónde sacan los que le han obligado á sentirlo, que con el remiendo de la unión van á cubrir las desnudeces que tan impudicamente venían exhibiendo?

Por otra parte ¿para qué piden la unión? No puede ser para lanzar á la revolución á un pueblo á quien se le ha venido siempre predicando, sin ponerle nunca en condiciones de hacerla; ni para que recobre el prestigio perdido, puesto que continuarían á su frente, si la unión se hiciese ahora, los que se lo han hecho perder; ni para levantar el espíritu de las masas, puesto que, continuando las causas, forzosamente perdurarían los efectos. Luego aquí no cabe duda. Se pide la unión para que el partido republicano,

partido por gala en mil,
siga en pie, únicamente con el objeto de que no dejen de ser diputados y concejales unos cuantos señores, que lo unen cuando les conviene, y lo desunen cuando se les antoja.

Di en el número anterior las razones en que me fundo para creer que no debe hacerse ahora la unión de los republicanos. Voy á indicar en éste algo de lo que se ha ocurrido después, para que, no obstante esta opinión mía, pueda llevarse á cabo, sin que nadie tenga derecho á dudar de la buena fe, la lealtad y el desinterés de todos y cada uno de los que

la pacten. Y lo que se me ha ocurrido es esto:

Renuncien á sus actas los diputados y concejales. Creo que no les costará gran trabajo, puesto que las solicitan y las aceptan por amor al pueblo, imponiéndose grandes sacrificios, entre ellos el de abandonar los negocios á que cada cual se dedica. Devuelvan la soberanía que les fué delegada, y tengan la seguridad de que las masas, admiradas y agradecidas, los considerarán en adelante como los más sinceros y fervientes partidarios de la unión; y que los hombres de valía apartados de la lucha política, volverán á ella; y que una vez formado el partido único é indivisible, no sólo recobrará su perdida fuerza, sino que la aumentará de tal modo, que volverá á ser una esperanza para la patria, y para la Monarquía un peligro grande é inminente.

Todos los actos en que se patentiza el desinterés de quien los ejecuta, ó que tienen por base la abnegación, infunden admiración y respeto. Y el hombre que es respetado y admirado, puede aspirar á todo y alcanzarlo todo. ¡A ello, pues, diputados y concejales!

La fuerza moral es la primera de todas. Tanto empeño pone hoy Alemania en hacer creer que la tiene, como en utilizar la de los submarinos y zeppelines.

Alcáncenla nuestros diputados y concejales renunciando sus actas, y á ellos habrá que agradecer en primer término la unión del partido, sin la cual es imposible combatir eficazmente la Monarquía.

La culpa busca la pena

Azcárate, á quien por indicación de Sánchez Toca le propuso para senador la Universidad de Madrid, ha sido derrotado por un catedrático clerical, que le sacó cuarenta votos de mayoría.

Lo lamento como demócrata, pero como anticlerical me alegro. Ha recibido el pago que merecía por sus transigencias con los clericales. La eterna fábula del labrador y la culebra.

Hago míos estos párrafos de *El País* del lunes, al ocuparse del para los demócratas bochornoso, aunque lógico y esperado suceso:

«La cuestión religiosa es, pese á la tolerancia de varones como Azcárate, la cuestión fundamental de España, porque de ella depende en buena parte la cuestión de las cuestiones, la enseñanza y, en cierto respecto, la económica.

Descuidos, debilidades, pruritos de aparecer tolerantes, defecciones de ministros liberales han ido atiborrando los Centros docentes, no de sabios ortodoxos, que esto no nos importa y está bien, sino de ignorantes, de catedráticos sin ciencia ni conciencia, de fariseos, de hipócritas, de profesores de industria sin

vocación, de tentáculos del clericalismo y de los jesuitas, de esa morralla desmoralizadora, antieducadora, que vicia y corrompe el alma de la juventud española.

La estúpida, por cándida, revolución española, ha abandonado á su enemigo de siempre la enseñanza en su totalidad y el proletariado agrario. La ignorancia, la falta de caracteres, las juventudes carlistas ó mauristas, y la inminencia de otra guerra civil, son las naturales consecuencias del abandono suicida de la revolución. Efecto de esa causa general es la derrota de Azcárate.

¡Qué responsabilidad la de aquellos liberales templados, y republicanos católicos ó tolerantes y de su tiempo, como ellos se denominaban, que encontraban anticuado, de mal gusto, y hasta ridículo el combatir el clericalismo y á las órdenes monásticas, á los jesuitas señaladamente!

¿No negábais la existencia de una cuestión religiosa? Pues por heterodoxo no es Azcárate rector de la Universidad Central. ¿No esperábais de los frutos de la tolerancia alivio para vuestra senda justicia? Pues sumad al caso del sacerdote castigado por alabar á Muñoz Torrero, la derrota de Azcárate, y tomad tolerancia. ¿No os mofábais de los que en la vanguardia señalábamos los peligros del jesuitismo y de la preponderancia clerical? Pues llorad á esa juventud que nos la apartan de nuestro lado y compadeced á la infancia y á los jóvenes, la España de mañana, moldeados, corrompidos, idiotizados por la Iglesia, por las órdenes regulares y por el clericalismo laico, intrigante, truchiman é hipócrita.

La lección es dura, amarga, dolorosa. Sepamos aprovecharla, y de esta derrota que, más que por Azcárate, sentimos por la Universidad, obtendremos los liberales, los hijos de la revolución más bienes que el labrador del agua de Mayo.

Contra el clericalismo hay que estar siempre con la espada levantada.»

¡Qué dos lecciones para Azcárate! Derrotado en León como diputado y en Madrid como senador: dos derrotas merecidas; la una por sus debilidades con la monarquía; la otra por su apoyo al clericalismo.

Ha vivido constantemente encendiendo dos velas y ambas se le han apagado á un tiempo. Castigo merecido si lo hubo.

Hace pocos días, y hablando de su derrota en León, dijo que el pueblo está desengañado, con tantas y tan inútiles conjunciones de republicanos cuyo objetivo primordial era la revolución, esa revolución tantas veces pregónada y que no ha llegado ni se sabe cuándo llegará.

Conformes; pero esa no es más que una parte de la oración: la otra es ésta:

El pueblo está asqueado también de ver republicanos que aceptan cargos de Real orden.

Y que asisten á Palacio, adulando luego públicamente al Rey con frases que no emplean los monárquicos de toda la vida.

Y que apoyan y defienden á los apostatillas ambiciosos que se pasan á la Monarquía,

Y que se confunden con los clericales en Asociaciones religiosas.

Y que hacen en todo política de medias tintas.

Y esta parte de la oración es más repulsiva al Pueblo que la otra; créalo el Sr. Azcárate.

Con que á callar, y no tirar chinillas al tejado del vecino, teniendo de vidrio el propio.

El Correccional de Santa Rita

Sr. Director de EL MOTIN.

Distinguido señor: Le acompaño copia del documento que hoy envío al señor Ministro de Gracia y Justicia referente al «Correccional de Santa Rita», criadero de degenerados y oprobio de España. Estimaré mucho su publicación. La opinión está desviada ó ignorante en este asunto y muestra una explicable resistencia á creer todo lo que sobre el particular se afirma. Yo tengo pruebas escritas de algunas de las muchas infamias que allí se cometen á diario y las expondré sin temor donde quiera que se me brinde una tribuna imparcial. Bien seguro estoy de que, desgraciadamente para todos, mis palabras convencerían y mis acusaciones habrían de tener la demostración más terminante.

Están interesados en este pleito — claro es que por la parte contraria — muchos altos políticos. ¿Podrán sus intrigas más que mis sinceridades? ¿Triunfarán los frailes residenciados que no se atreven á comparecer frente á mí en ningún terreno? ¿Han de estar siempre sobre la verdad afirmada por muchas víctimas, los intereses creados, el valimiento, el miedo y el silencio en inicua complicidad?

De usted, señor director, espero la cooperación más decidida á nuestra obra, el anhelo de reforma de aquella vida torpe y funesta que los acusadores de ahora sufrimos en pasados días y que nos resistimos á tolerar para nuestros sucesores. Por la fama nacional, por la Patria, los hombres dignos no pueden estar sino á nuestro lado alentándonos hasta el final de esta peregrinación que emprenden los jóvenes porque no quisieron iniciarla los viejos.

De usted afectísimo servidor

Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia

Excelentísimo señor: El que suscribe, español, con residencia actual en Madrid, calle de Augusto Figueroa, número 35, cumple un deber patriótico exponiendo á S. E. con toda clase de respetos lo que sigue:

El «Correccional de Santa Rita», sito en Carabanchel Bajo, no responde en su funcionamiento ni á los fines para que fué creado ni á las normas generales del Derecho y la Moral. Y como el art. 3.º del Reglamento de dicho centro confía á S. E. los altos cuidados de inspección y vigilancia del mismo, considero no sólo pertinente sino indispensable y obligatoria para mi conciencia la presente exposición, síntesis de las máculas más importantes que en el Correccional advertí durante dos años de reclusión y que á juzgar por ajenas declaraciones ulteriores aún persisten:

1.ª *Reclusión de jóvenes mayores de edad y de trastornados.*—Ni el Reglamento la autoriza ni las leyes la consienten. Sin embargo, viven en «Santa Rita» desgraciados enfermos mentales y jóvenes ante la ley capaces para regirse con autonomía, aparentemente reclusos con su consentimiento y en realidad por coacciones de familia. De cualquier modo, contradiciendo las disposiciones todas sobre el particular.

2.ª *Incapacidad intelectual de los religiosos correctores.*—No poseen ninguno de los conocimientos precisos para desempeñar su cometido. Es una anomalía triste y deshonrosa para España que los encargados de educar, más aún, de reformar á jóvenes descarriados, pero de indudable cultura, entrenados en tareas universitarias casi todos, ofrezcan menos garantías facultativas que los simples vigilantes de los presidiarios.

3.ª *Los procedimientos correctivos son inadecuados y bárbaros.*—En este respecto no se hace en el «Correccional de Santa Rita» nada moderno, nada científico, nada acertado. Los frailes tienen una ciencia excepcionalmente original cuyos secretos difícilmente se adivinarán. He aquí sus manifestaciones:

Apaleamientos crueles.
Duchas de agua fría.
Fregado de suelos.
Limpieza de determinados cuartos.
Lavado de ropa.

Encierro en celdas inhumanas que en algún caso ha durado ¡¡¡un año!!!

Convendrá S. E. en que huelgan los comentarios. A la cultura del señor ministro encomiendo la comparación de este verdadero presidio con el más atrasado reformatorio de cualquiera otra nación, todo tolerancia, todo estudio, todo amor.

4.ª *Existen vergonzosas prácticas sexuales.*—Yo he publicado un libro en cuyas páginas se hacen declaraciones terminantes sobre este aspecto del problema y se estampa la promesa de dar el nombre de los religiosos que más criaturas han corrompido.

Y no quiero seguir enumerando bajas, relatando crímenes. Pero si le digo á S. E. que mis afirmaciones se apoyan no sólo en lo que he visto sino en las pruebas que me han proporcionado muchos compañeros de Correccional que citan nombres, señalan atentados de todas clases y se ofrecen á sostener en las Salas de Justicia sus palabras condenatorias de vehemente indignación honrada.

Todas mis acusaciones, plenamente documentadas, figuran en el citado libro, después de cuya publicación he adquirido nuevas demostraciones fehacientes.

El señor marqués del Vadillo, antecesor de S. E., pretendió satisfacer legítimos anhelos girando ó prometiendo girar (que aún no sabemos si se realizó el pro-

pósito) una visita de inspección al Correccional. Este remedio no logrará convencernos ni de una buena intención por que está muy desacreditado por inútil y engañoso; pero no he de ser yo quien proponga soluciones al claro talento de Su Excelencia. Solamente hago constar que las aspiraciones de los que hemos sido víctimas del oprobioso régimen censurado, se concretan en estas palabras: La elevada misión que debiera llenar el Correccional de Santa Rita no puede seguir confiada á ignorantes y á degenerados á quienes tantas veces hemos acusado públicamente.

No solicitamos castigo para nadie, sino preservación de males que á todos nos denigran. Y á fe que no es mucho pedir que sean realidad las garantías de Derecho propias de una nación civilizada.

En su conciencia recta esperamos, señor ministro, tanto como fiamos en la nuestra tranquila y satisfecha por haber cumplido una obligación de justicia.

Dios guarde á S. E. muchos años.
ABRAHAM POLANCO
Madrid á 18 de Abril de 1916.

YO ACUSO

El País me ofrece sus columnas para llevar á cabo mi campaña contra el Correccional de Santa Rita. Agradezco y acepto la galantería y doy principio á mi obra reproduciendo las tres cartas siguientes que hoy mismo he mandado á sus destinos:

«Excmo. Sr. D. Antonio Maura.

Distinguido señor mío: Aun cuando conozco el celo con que interviene usted en el estudio y consideración de todos los asuntos públicos, me permito requerir su atención sobre uno importantísimo y que le interesa notablemente por el doble motivo de la repercusión que produce en la vida nacional y de hallarse ligados á él á más de su alta significación política sus grandes prestigios personales. Me refiero al Correccional de Santa Rita, de cuya Junta de patronos es usted presidente.

Yo, que viví recluso en dicho centro, he sostenido en conferencias pronunciadas en un Ateneo y he repetido en un libro y en varios artículos, que los religiosos encargados de la misión tutelar y educativa objeto de aquella institución, son incultos, practican actos de barbarie y hacen blanco de pasiones degradantes á los jóvenes confiados á su custodia. Todas estas afirmaciones puedo probarlas documental y testificalmente, y sólo espero á que la parte interesada ó la debida autoridad fiscalizadora exijan de mí las justificaciones procedentes.

Como, á pesar de mis insistencias en esta campaña—más de dos años—nadie se considera aludido, he creído deber de ciudadanía comunicarle á usted directamente la acusación formulada hace tanto tiempo, que mantengo en todos sus extremos, con una firmeza robustecida por nuevos datos y por las tristes reflexiones á que invita esa táctica de silencio bochornoso, que á todos nos denigra.

Con gusto me ofrezco á usted como s. s. q. b. s. m.,

ABRAHAM POLANCO

Sr. Director del Correccional de Santa Rita:

Muy señor mío: Desde hace dos años vengo sosteniendo públicamente la incompetencia de todos ustedes para el desempeño de las funciones que el Esta-

do les encomendó en esa casa, y más que nada la afirmación rotunda de los malos tratos y las perversiones sexuales que ahí se fomentan ó se crean. Como puede ocurrir que el cumplimiento de sus delicadas obligaciones no le haya permitido enterarse de mi campaña, considero conveniente avisarle el propósito decidido que me anima de reanudarla con más intensidad que nunca para impedir de una vez la desdichada persistencia de ustedes al frente del Correccional. Un momento más de silencio, de espera ó de duda, supondría en mí una dejación á que no me resigno ó una cobardía que no siento.»

(Esta carta va certificada.)

«Señor presidente de la Liga de Defensa del clero:

Señor de todos mis respetos: A mi hidalguía y á mi razón interesan las prevenciones que esta carta contiene.

Desde 1913 estoy sosteniendo una campaña tenaz contra los religiosos que dirigen el Correccional de Santa Rita por mí tachados de incultos, de crueles y de corruptores. Asombrado por la indiferencia de la opinión española, pienso insistir ahora en mis condenaciones á la vez que dar á conocer los documentos, base de la acusación. Seguramente importará á los fines de la Sociedad que usted preside el conocimiento de estos propósitos que tengo un gran placer en comunicarle.

Suyo atento... etc.»

¿Que por qué he escrito estas cartas? Con un sólo objeto: el de que aquellos á quienes este asunto interesa no tengan más remedio que darse por enterados. el de abortar el plan del silencio, el de que los correctores de Santa Rita, cercados por mis acusaciones y enjuiciados por la opinión, hablen y se defiendan... si pueden.

ABRAHAM POLANCO

Estimaríamos mucho la ayuda de nuestros colegas en esta campaña de saneamiento moral. Desde luego quedan autorizados para reproducir estos artículos, es más, los veríamos con sumo agrado en ajenas columnas.

—En los párrafos de redacción que antecedian ayer á la carta de Abraham Polanco dijimos equivocadamente que se le había procesado. No es así.

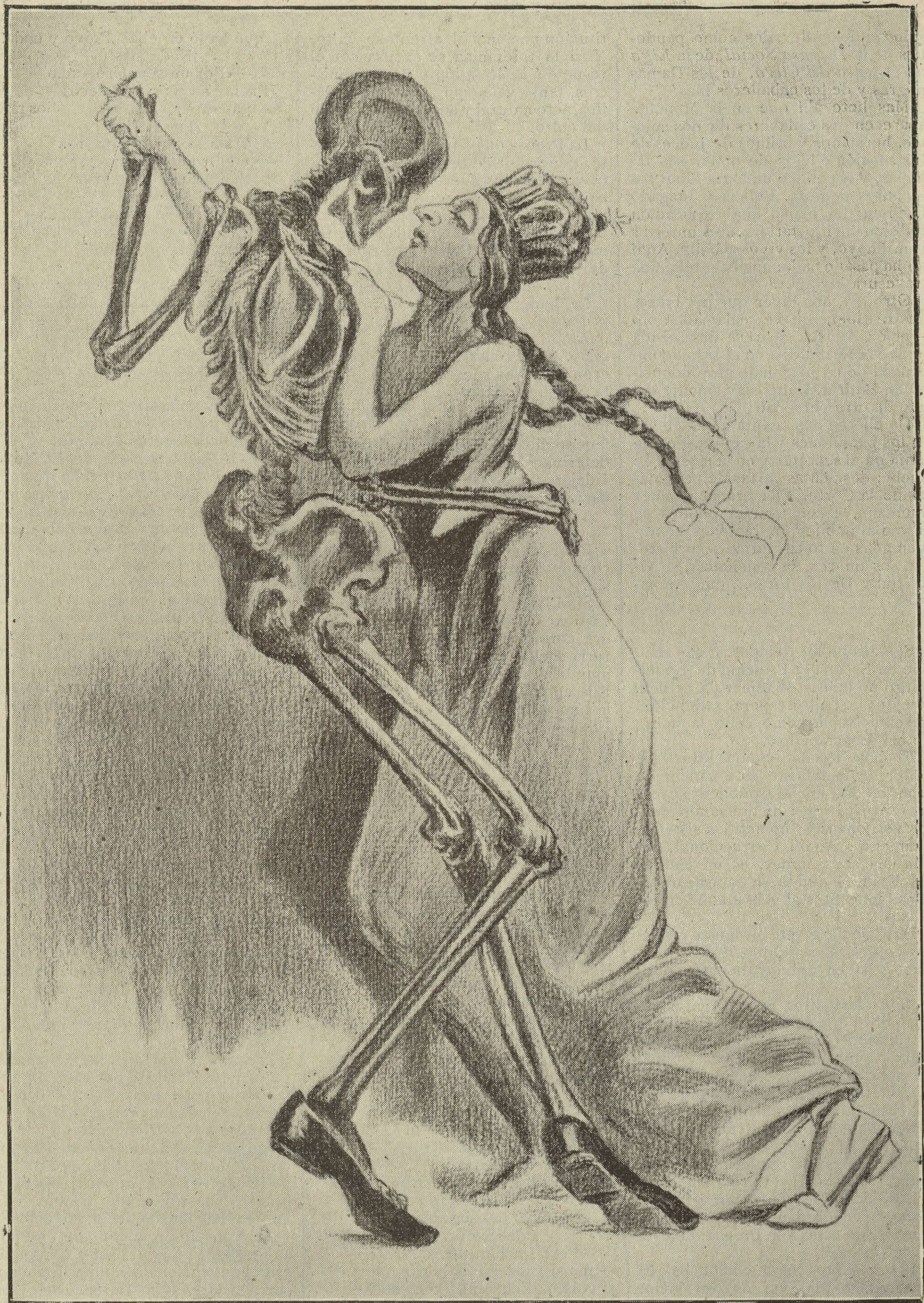
El País

Las "buenas costumbres" españolas, (A propósito de la campaña de Polanco)

Desde que Polanco publicó su libro sobre los abusos del Correccional de Santa Rita, han pasado ya algunas docenas de semanas.

Durante ellas, hemos tenido frecuentes noticias de denuncias de escritos por ofensas á la Religión y al Clero; de agitaciones de las Juntas esas antipornográficas y de la Represión de la Trata de Blancas, instando prohibiciones y persecuciones de todo género. Los juzgados de toda categoría han llenado millares de pliegos de papel en esos y parecidos menesteres. Los nombres de «Moral, Religión y buenas costumbres» han

LA DANZA DE ALEMANIA CON LA MUERTE



"De Este a Oeste y de Oeste a Este danzo yo contigo"

(Dibujo de Raemaekers.)

sido traídos y llevados como pendedores de la *Defensa Social*, de la *Liga de Defensa del Clero*, de las Damas negras y de los caballeros lilas.

Mas hete ahí que en la Moncloa aparecen dos cadáveres de dos sujetos, hermanos y primos de Jueces de Instrucción é hijos de poderosas familias, y el público no logra saber los nombres siquiera. Policía y Juzgado facilitan del hecho una explicación soberanamente tártara. Los muertos van al hoyo, y los vivos al bollo. Aquí no ha pasado nada; una bagatela; una travesura juvenil...

Otro día, una joven que por no ser ilustre sabemos haberse llamado Concepción Acosta, aparece destrozada en la vía férrea. Iba en el tren acompañada de un personaje muy conocido en Madrid. Había sido amante del hijo de otro personaje.

De ella se nos cuenta cómo llevaba los pantalones y la camisa. Lo que tenía en el secreter y en la mesilla de noche: doscientas cartas de personajes de la Corte. Ella era una mujer mundana, y como mujer pública se sirven al público, en raciones condimentadas en todas formas, su historia, sus amores, su conciencia, su vida toda. De los otros... ¡ni el nombre!

* *

Señales de los tiempos. Está visto que en España el Príncipe de Endelburgo no habría de temer la crítica. Dreyfus no podría esperar redención. Paschino toma como cebo la honra de los desarraigados.

El caso Polanco-Santa Rita va á poner de manifiesto este cáncer de la moralidad oficial y pública española. Lleva ya años denunciando delitos vergonzosos, cometidos sistemáticamente. Aquel Correccional, según sus acusaciones, es un Huerto del Francés donde se sacrifican las almas inocentes al más infame de los dioses.

Hay Códigos que ordenan proceder contra tales delitos. Las denuncias se hacen universalmente públicas.

¿Son ciertos los hechos denunciados por el que se hace paladín de las víctimas? En tal caso, las leyes hablan: y á los que cobran por el oficio de aplicarlas, no les es lícito callar.

¿Son falsos esos testimonios? En tal caso también hablan las leyes, y deben hablar sus mantenedores oficiales. Y á falta de ellos, esas *Defensas* clericales son requeridas por sus Estatutos á promover la acción legal.

Los hechos se concretan y se publican. Del libro pasan á las conferencias; de éstas á la Prensa; de ésta á las Cortes.

Y los delitos siguen impunes. El dios nefasto del vergonzoso vicio, continúa sus misas negras en su templo.

Tanto vale esto como declarar ins-

titución nacional al afrentoso culto. Y si la tolerancia se excusa con el respeto á la Religión y á sus ministros, tanto vale como declarar el delito, acto natural y accesorio obligado del culto.

La Prensa que se dice independiente, tiene ahora ocasión propicia para reivindicar los fueros hollados por aquellas *Defensas* que prohíben á unos decir lo que á otros está prohibido hacer, para que puedan hacerlo más libremente. Polanco traza el modelo de las futuras campañas moralizadoras del clero y de la Iglesia.

La denuncia oficial por delante. La prueba documental y testifical acompañando la delación popular en ejercicio, y la Prensa limitada á hacer la crónica de los sucesos judiciales hasta obligar al Estado á declarar derogados el Código Penal, ó repuestos los fueros privilegiados, ó á declarar monopolio jurídico de instituciones determinadas los vicios nefandos, ó á dejar demostrada la prevaricación nacional en orden á la moral pública.

* *

Por lo demás, la campaña de Polanco coloca en grave conflicto á la Iglesia.

Si el Estado no acude á reprimir y castigar los delitos, la Iglesia no podrá consentir que, so capa de venerarla á ella, funcione un foco de inmundicia cubierto con su pabellón. Ella no puede prestarse, á cubrir con la túnica de Cristo tales mercancías. Ella será la que incapacite para usar el título de funcionarios suyos á quienes de modo tal lo deshonoran.

Y cuando esto ocurra, como ocurrirá, el Estado constitucional quedará convicto y confeso de incapacidad en su función de custodio de la moral pública.

Para dejar de entusiasmar me con las fiestas de la semana pasada, no emplearé ninguno de los argumentos de mi repertorio; me basta con copiar esta donosa y bien fundamentada poesía de aquel gran poeta con sentido común, conservador en política, Campoamor, y que tanta gloria dió á España:

La cruzada de Pachín

Como cruzado, á Judea
fué de escudero Pachín
con el abad de la aldea
de Serín.

Para hacer un relicario
juró traer á su amor
un pedazo del sudario
del Señor.

Pero Pachín ¿no sabría
que si Dios bajó á morir,
volvió al cielo al tercer día
á subir?

Y si la tumba sagrada
no encerró al Cristo jamás,

¿qué halló en ella? ¡Polvo y nada!

¡Nada más!

—«Por un sepulcro vacío—

Pachín se atrevió á decir,
—¡cuánto hombre viene, Dios mío,
á morir!»

Y sin lograr los tesoros
que al ir pensaba traer,
le vapulearon los moros
al volver.

Perdió la fe en tal jornada,
y se condenó por fin.

Así acabó la cruzada
de Pachín.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

CARTA ABIERTA

DESDE SEVILLA

Querido amigo Pepe: Puedes mostrarte orgulloso de tu pueblo nativo; reconciliate con tus paisanos.

Desde las columnas de EL MOTIN debes publicar *urbi et orbe* que, en este inagotable vivero de gente coletuda, que en esta espesa almáciga de conventos, que en este abundante plantel de celeberrimas mascaradas religiosas, en una palabra, que en esta tierra llamada de María Santísima, no ha muerto el sentimiento liberal.

Tú bien sabes que el clericalismo, á semejanza de la polilla, está siempre laborando, en acecho de las oportunidades que se le presentan para hacer ostentación de sus fuerzas, extender su influencia y asegurar su dominio en todos los órdenes de la vida.

Recuerdo que, en Mayo de 1882, tomando por pretexto la celebración del centenario de Murillo, el jesuitismo organizó en Sevilla una manifestación carlo-farisáica, al objeto de demostrar que esta ciudad es terreno conquistado y dominado por él.

Entonces, ante aquella insultante provocación, el espíritu liberal de Sevilla se sublevó y los clericales llevaron un recorrido de órdago. La rechifla fué general, los silbidos se oyeron en el planeta Marte, y muchas calles de la población quedaron sembradas de prendas y trofeos levíticos que los manifestantes iban dejando en su camino al emprender precipitada y desordenada fuga.

Después, desde aquella fecha acá, no han desperdiciado ocasión alguna favorable para realizar actos con la misma tendencia reaccionaria, sirviéndose muy principalmente de la mogigatería femenina, fanatizada por una predicación constante contra todo lo que tiene algún matiz liberal y progresivo. Rindiendo tributo á la verdad, hay que confesar que muchas veces consiguieron su objeto, no por adhesión del pueblo, sino por hipócrita convencionalismo de algunos y por censurable indiferencia de los más; pero siempre que intentaron medir sus armas con las fuerzas liberales, sufrieron un descalabro.

Ahora, con motivo de estas últimas elecciones, han realizado una nueva intentona; pero como se vieron obligados á dar la cara, han llevado su merecida paliza.

Para hacerse más antipáticos aún, los clericales se aliaron con los mauristas y proclamaron un candidato de la *Liga Católica*.

Creyeron que el terreno estaba abonado y que fácilmente obtendrían el triunfo, porque, desorganizados por completo los republicanos, en las candidaturas no figuraba ningún nombre capaz de sacar al cuerpo electoral del enervante retraimiento á donde le han llevado justificadas desilusiones y las corruptelas y amaños tradicionales. ¡Cuán equivocados estaban!

Tan pronto sonó el clarín de guerra, todos los elementos libres de Sevilla se unieron ante el enemigo común y en las urnas electorales derrotaron al candidato liguero-maurista, en cuyo favor se han gastado los clericales una enorme cantidad de dinero comprando votos.

Sevilla ha conquistado en esta ocasión un nuevo timbre que sumará á sus gloriosos blasones liberales; lo que hace falta es que se aproveche de la victoria y saque de ella las mayores ventajas, dejando de mirar con indiferencia, como hasta ahora lo ha hecho, la invasión frailuna de que es objeto.

Me dirás ¡ya lo sé! que, por combatir al candidato clerical, hemos proporcionado el triunfo de otros que ni á ti ni á mí pueden satisfacernos.

No parodiemos al que estaba metido en una tinaja porque no tenía camisa, y cuando le ofrecieron una la rechazó porque no tenía chorreras. Ante el dilema que se nos presentaba, hemos aceptado el mal menor.

Nada; di conmigo: ¡Viva mi patria chica!

JULIO FERNÁNDEZ MATEO
Sevilla 11 Abril 1916.

Amigo Julio: Grito contigo: «¡Viva Sevilla!»

El triunfo para el republicanismo ahí, no ha sido el que debía ser: tú lo confesas al hablar del descamisado de la tinaja; pero algo es al fin. El que tiene hambre, con un trozo de pan duro se contenta.

Lo que convenía ahora, es que los elegidos nos dieran pretexto para elogiarlos; esto contribuiría á que en las elecciones próximas se consiguiera algo más. No lo espero, mas lo deseo.

Duda justificada

Acaban de decirme que el día de Jueves Santo no ha sido de vigilia este año, ni lo será en lo sucesivo por haberlo así decretado el Papa.

Me tiene sin cuidado, por lo que á mí toca; si bien reconozco que con tal decisión me ha privado Su Santidad del gusto de pecar ese día; pero la noticia ha despertando en mi espíritu esta duda:

La Inquisición quemaba á cuantos no guardaban la vigilia el Jueves Santo.

Los quemados iban, el que no al Infierno, al Purgatorio por lo menos, donde acaso muchos continuarán todavía.

Si no se le da efecto retroactivo á esa disposición del Papa, se agrava atrocemente la injusticia cometida con aquellos infelices; y digo se agrava y no que se comete, por que, aun cuando los indultasen ahora (á los del Purgatorio) no había manera de quitarles lo bailado, es decir, lo padecido, ni de resarcirlos de daños y perjuicios. De los que están en el Infierno no hablo, porque el que entra allí no sale ni con forceps.

Otra cuestión que aquí se plantea.

Los inquisidores que quemaron á quienes no comían de vigilia en su tiempo, y que canonizó más tarde la Iglesia, no tienen derecho á continuar en el Cielo, pues que cometieron un crimen imperdonable, condenándolos por una falta de menor cuantía, y de importancia tan escasa, que puede un Papa borrarla por su propia autoridad del Código Penal de la Iglesia.

Someto esta cuestión á una Junta de teólogos, para que me saquen de dudas; no por mí precisamente, sino por los que seguirán achicharrando en el Purgatorio ó en el Infierno por haber pecado, y á los que pienso escribir relatándoles lo que por la Tierra pasa, por si quieren acudir á quien corresponda en súplica de que se dé efecto retroactivo á ese decreto.

No puedo remediarlo: donde quiera que veo una injusticia, sea en la Tierra, en el Purgatorio ó en el Infierno, me pongo por natural instinto de parte de quien la sufre.

No es lo que más me conviene, pero si lo que más me satisface.

El patrimonio universal

Tropas rusas están desembarcando en Marsella para ir á reforzar el frente francés contra el nuevo empujón alemán. Con este refuerzo, queda completado el cuadro de la humanidad allí combatiente. En aquel frente, la zona que separa á los beligerantes, contiene algo más que la superficie del terreno disputado. Hacia lo alto levántase una muralla invisible á los ojos físicos, cuya cumbre no alcanzan á dominar los aviadores, cumbre que halla su término en el de la atmósfera. Hacia abajo, ábrese un abismo que no logran minar los zapadores.

Es la frontera de los Ideales en lucha, causantes misteriosos de esta guerra, epílogo final del militarismo de los Estados, ó prólogo de una era más sanguinaria todavía, en que la Humanidad dará el salto atrás, más allá de los tiempos selváticos.

* *

De cegar este abismo y de conquistar aquel alto ideal se trata. De un progreso ó de un retroceso incalculables. De si han de ser legisladores de la Humanidad futura, el visionario Lutero con sus aliados el inquisidor Peñafort y el fanático Mahoma; ó si han de enterrarse en el hoyo abierto los inhumanos fanatismos religiosos, desterrándolos del dominio público, imponiendo á los dioses pretendientes la sentencia de Cristo: «mi reino no es de este mundo».

De esto se trata: de establecer la fraternidad universal de hombres y pueblos, sobre la soberbia altivez de los *pueblos de Dios* y de los déspotas mesiánicos, que intentan redimir á los demás esclavizándolos y endiosándose á sí mismos.

El Sinaí del Derecho es la muralla espiritual que se levanta en la zona de guerra, contra cuya fuerza moral estrella las masas de sus ejércitos el Idolo de la fuerza bruta.

El abismo del retroceso á barbaries inconcebibles, es el que se está cegando con los cadáveres de los combatientes.

Las naciones, constituidas en templos mundiales de la Igualdad y Libertad humanas; y sus puertas custodiadas por la ley internacional, expresión de la voluntad universal humana: tal va resultando ser el pleito allí entablado entre la Razón germana y la Razón mundial.

* *

El espectáculo es asombroso. Rusia é Inglaterra vertiendo en la misma trinchera de Francia la sangre de sus pueblos.

Los dos colosos erigiéndose en guardianes de una misma causa. El largo y misterioso viaje de los ejércitos rusos para venir á Francia, es la cifra simbólica de ese otro largo viaje del espíritu de ambos pueblos para llegar á la concordia de acción.

* *

La guerra no está terminada. Para las naciones desprevenidas y sorprendidas, comenzó hace dos años. Para los imperios centrales comienza ahora; mejor dicho, se prepara ahora.

Austria y Alemania fueron sabias y astutas. Supieron llevar la guerra lejos de su casa. Prendieron el incendio en casa del vecino.

Más lejos de la guerra se imaginaron Viena y Berlín que las ciudades más remotas. Consideraron la guerra como látigo en sus manos para azotar á los demás y no para padecerlo ellos.

